

6 de septiembre 1915
J. M.
OSCAR EFREN REYES

CAPITULOS

LIMINARES

(INTELECTO)

1. Ramón de Campoamor.— Dichas humanas.— La imaginación y el místico-idealismo.— La fe.— El Positivismo.— Enrique Roldán en América.— Discrepancias.— El profesional y el hombre artista.— En lo actual.— Los conflictos de la guerra y el hombre en sí.— Reaccionemos.— La literatura en los individuos y en los tiempos.— Razones fundamentales del modernismo.— Literatura General.— Cosmópolis.— Por América.— En los Andes.— Algunas opiniones.— González Suárez y el ateísmo en el sentimiento estético de la naturaleza.— TERNÁNDEZ.— El artista ante la Opinión Pública.— Los sonadores eternos.



QUITO—ECUADOR

IMPRESO POR CARLOS M. RIBADENEIRA

MCMXV

1915

Envío del autor — 1915

RAZON

Una manera personal de comprender al hombre artista en sí, entre sus semejantes y en todo el mundo mismo, se expresa ingenuamente en estas páginas. Son una serie de divagaciones, casi completamente aisladas una de otra; ordenadas tan sólo por un hilo misterioso,— la asociación de ideas;—pero que, todas ellas, propenden hacia un mismo fin: el expresado. Al escribirlas he sentido la impresión que en un camino largo y amplio, a cuyos lados, fecundos y multiformes paisajes se me presentarán, a medida de mi avance.

El valor de la descripción, digámoslo así, de la forma en que ella está, no creo cosa de discutir: nada tiene de poema didáctico.

Y lo demás, repito, no es más que cuestión de intelecto, de comprensión personal y, sobre todo, de buenas intenciones.

OER.

CAPITULOS LIMINARES

I

Un modo de pensar

Para los liberales españoles—remozados espíritus en ideas nuevas en la mayoría,—sus viejos conservadores no son más que una especie de hombres—cuadras, hombres—flechas: toman una dirección y allá se van; encuéntrense con la consecuencia y allí se quedan. Así han sido siempre nuestros compatriotas—dicen inquietados;—por eso la actual decadencia de España, la nulidad ante las demás potencias europeas de España, de ésta España carcomida y vieja

(Si esto es así—¡que sí parece que lo es!—tamaño verdad súfrala los acusados, que a nosotros no nos toca sino votar, y votar muy decididamente, por las innovaciones, así sociales como políticas, que han de mejorar, engrandecer y magnificar a la madre España. Sinceros son nuestros votos. ¿Y qué otra cosa más pueden ser los de un sud-americano?)

Pero, entretanto, así piensan los iberos de hoy, con respecto a sus viejos compatriotas, de espíritu y sentimientos éticos más viejos aún. . . .

Campoamor. La dicha humana

Con este espíritu crítico, pues, de la muy valiente juventud liberal española, diríamos, en tratándose de Campoamor, que este gran viejo, sí, *no fue un merecido viejo español*. Aparte de su temperamento racial

—que dirían aquellos— ha llevado siempre consigo un sentimiento caritativo para con las humanas evoluciones. Verdad que cristiano viejo, ferviente católico y amador del tradicionalismo monárquico; pero fue también innovador, gran revolucionario, excepción brillante entre todos los “cunucos” y mogigatos dominadores en su patria y en su siglo. Con diez años mas de vida quizás hubiera sido también republicano. De su sangre impulsiva, aventurera, queda la de conquistador: quiso ser buzo, y descendió a las profundidades del alma; quiso ser descubridor, y un día, tirado de los cabellos por una musa rompió los aires y allá, en el mundo azul, fué a conversar con las estrellas. Con “la diosa de los mundos encantados”, la luna, a donde van a parar siempre todas las intimidades que, en su vida en la tierra, el corazón humano no pudo declarar, habló; en sus dominios de plata descubrió las sepulturas de los mundanos sueños y los reinos vírgenes en donde acontecen todas las aventuras quijotesacas de los terrenales impotentes. La luna es la patria eterna de los ensueños, las humanas dichas, piensa. En ella están todos los pecados de la virtud; los amores de los que no aman nada, los adulterios, los desvíos inconscientes. . . .

*¡Aun suelo recordar en mi ardimiento
varias memorias, en la luna ausentes,
con quienes hice yo de pensamiento
millones de lecturas inocentes!*

*Y aun me acuerdo de alguna
que, aunque esposa severa,
con alma llena de ilusiones, era
fiel en la tierra y pérfida en la luna. . . .*

Isabel de Portugal, esposa del Rey y Emperador Carlos I, goza de esos malos amores con el Marqués de Lombay. Después de rápidos días de ideal venturanza, de delicioso pecado, ambos terminan con un funeral desencanto: porque, “en el mundo real, si bien se mira, merced a la ilusión y a la memoria, solamente es verdad lo que es mentira”. . . .

En el poema que tales versos están, el idealismo palpita suave y encantador. El gran viejo ha historiado, en aquél, todos los gloriosos triunfos de la

tierra: son falsos, y si, por desgracia, sólo en ellos nos fuera dable confiar, ya dejaríamos de ser, por este mismo hecho, seres superiormente espirituales.—Y es que la humanidad toda, si tiene algo—aparte del pensar y del sentir, que son, potencialmente, bienes relativos—por qué diferenciarse de la bestialidad universal es, sin duda, por *saber imaginar* y darse por sí propia las dichas que anhela,—casi siempre pendientes ¡ay! tan sólo de un rayo de luna.

Y quien así piensa en hermoso poema, se llama, pues, Don Ramón de Caupomor, gran idealista, alto espíritu, siempre digno de recuerdos menos pobres que los míos.

La imaginación. El místico-idealismo.

La facultad de conocer sólo verdades nos lleva casi siempre al escepticismo, y de allí al pesimismo; pues que, en el mundo, las verdades no son sino muy pocas, según ya grandes talentos nos han demostrado, las pocas que se circunscriben a decirnos que somos nada, que vivimos en nada y que terminaremos en una *nada* aún más profunda. Y sólo en la mente está el optimismo superior. El placer es una cosa inmaterial, apenas en relación con el objeto que lo produce, ya por su representación, ya por su presencia. Empero, si es cierto que existen felicidades en la tierra, los que las gozan pueden vivir, con sus recuerdos, días enteros de dulcedumbre; mas, sepamos también que, si la pena no se aduza a ellos, el olvido hace su reino en tales casos.—La vida supra—terrena es indispensable, por más que moralistas rigurosos no lo quieran así. La literatura más aristocrática, sin duda, está o en la imaginación pura o en la pura naturaleza: sugerir y pintar son, casi siempre, dos cosas perfectamente hermanables; pero, así, raras veces muy preferibles. "Varios de los simbolistas eran bachilleres—nos cuenta con alharacas un conocido enemigo de genios,—otros nada; eran todos de una ignorancia absoluta; y como no eran capaces, por debilidad de voluntad; por imposibilidad de atención, de aprender ninguna cosa sistemáticamente se persuadieron, con arreglo a una ley psicológica muy conocida, que debían despreciar todo valor positivo: no

consideraban como dignos del hombre más que el fantasear y la adivinación".... ¡Claro! Apartando esas calumniosas acusaciones a la *ignorancia* de los simbolistas (¡sí se habrá reído Moreas!), bien hecho: La imaginación es fada bienhechora de la vida. Tiene sus anomalías; pero, éstas, cualidades son de todas las cosas. Bajo su dirección están *sus* pobres y *sus* ricos; *sus* felices e infelices; *sus* locos y cuerdos; como, aunque con tristeza, dijera Pascal: pero ¿deja por todo eso de ser amable? Verdad que La Bruyère no gusta del quijotismo consolador; y, a fuer de buen retórico y mejor ironista, ridiculizando a un soñador candoroso, ataca a la clase entera.... Malbranchea parado algo cariñosamente en ella; mas, limitándose siempre a las razones fundamentales de su metafísica,—a sus propias conveniencias. Hay en estos hombres cierto apego a la imaginación; aunque temiéndola por sus contradicciones. Y, así, sólo la miran desde lejos, como meros psicólogos, o definidores a lo La Rochefoucauld. Sin embargo, esa maligna antítesis, "enemiga de la raza", según el citado autor de los *Pensamientos*, ha sido siempre la más hermosa precursora de las humanas consolaciones. Un desgraciado se contenta con sus ensueños—en siendo éstos suficientes;—y goza de su felicidad aérea sin envidiar la ajena: los poetas, pongo por caso....—pálidos errabundos por los países encantados del ideal; divinos rebeldes, divinos proscritos de la materia, donde toda acción sólo alienta la brutalidad—renunciación, entonces, del superior carácter humano, en forma de vulgar y despreciable positivismo. Humanamente—que no en lo político, que es de carácter restringido—más vale un poeta, o un pensador, o un moralista, que doscientos industriales. Un músico antes que cualquier célebre menestral. El mundo, sin música ni poesía, como sin religión las grandes sociedades, no es concebible: sería menester que la alegría y la esperanza, o toda el alma mismo, por decirlo, acabasen en los hombres,—lo cual, gracias a Dios, no sucederá nunca. Religión he dicho, Y esta es otra magnífica imaginación, que, a millones de seres humanos, ha dado venturas que la irreligiosidad no ha dado ni podrá dar. Circunscribámonos. Para ser cristiano, y de los sinceros, se ha menester sien-

pre de la imaginación, que, entonces, tan viva y elocuente debe ser. Sin Zend—Avesta, no hay Ormuzd ni Ahrimans posibles; sin la Santa Biblia, ningún cristianismo creíble. Los Vedas, el Zend—Avesta son una enorme fábula, y la Biblia, como ya sabemos todos perfectamente, una enorme novela. La imaginación, exuberante, poderosa, inaudita triunfa en esos monumentales libros. Y ved por qué se hacen apreciables las religiones. . . . Si los primeros soñadores con la trinidad brahmánica, si Confucio, si Zoroastro, si los monjes medioevales no hubieran sido poderosos idealistas, grandes talentos poéticos, ingenuamente me atrevería a decir que las sectas religiosas no habrían existido. Todo es cuestión de habilidad y poder. Consolémonos con que casi toda la inmortal creación de Miguel de Cervantes, no se simboliza más que en un loco raro, aventurero extravagante, que antes causa risa que respeto. Si no así, ya en época estábamos de una nueva secta, piadosamente *quijotana*. La imaginación ha sido la fecunda madre de las religiones: la religión es la única espiritualidad viva de las sociedades.—La fé católica—un capítulo del cristianismo—la tiene por principal asiento. Posee su poesía. Un mundo impalpable, sin nada de semejante al nuestro, por cierto; unos habitantes flamígeros, alados y armoniosos; arpas, en la tierra nunca oídas, con que éstos alaban la excelsitud de un sér superior; luz amor, vida eterna, gloria perdurable. . . . Para tener horror al pecado, santo horror a todo lo criminal, es indispensable creer en un momento—¡cruel momento!—de castigos terribles, incomparables por lo inauditos; llamas brillantes y abrasadoras; lechos de puro, rojo fuego, como de sangre; sombras terríficas, espectros aulladores y blasfemos que se agitan, maldiciendo, en medio de esa humareda densa y venenosa. . . . Me aventuraría a afirmar: la poesía del Dante es un inmenso superlativo de la que profesa, como culto, el populacho.

En la Edad Media, fantasías derribadas de todas esas, fueron quien lo creyera causa, en parte, de la reforma social de Europa. Algo se le debe al fanatismo religioso. Se refrenaban los desmanes de rabiosos beligerantes con necias mentiras. Los crucifijos hablaban con rigor; los duendes o malos espíri-

tus se asomaban infaltables y atormentadores a los ojos de los delinquentes; los santos lloraban... etc.; así como, benéficos seres del otro mundo, convertidos en animales amigos, guiaban a los devotos de algún santo hacia felices acontecimientos, aunque fuese al salvamento de una prisión muy justa... ¡Oh, invulnerables soledades de la Tebaida, sacros limbos de dulzor y de ensueño! Grave Zenón, ingenuo Serapión, prudentes Macario, Antonio, Pacomio y todos esos del Martirio Cristiano a quienes las muchas apariciones sobrenaturales hicieron sabios; ¿a dónde habéis ido?, ¿qué os hicisteis? Mil veces dichosos tiempos, aquellos vuestros, cuando "las músicas divinas mezcláronse con el ruido de las cascadas y de las corrientes; los serafines visitaron al anacoreta del peñasco y arrebataron su alma resplandeciente sobre las nubes, los leones le sirvieron de mensajeros y los cuervos le llevaron el maná celestial"!...

Talvez la fuerza de convencimiento—y es ésta opinión de un gran escritor—en sus ilusiones, les arrancó, a esos ingenuos estropeados de los primeros tiempos del cristianismo, la vida, tan prematuramente: muchos fervorosos creyentes—mujeres en particular—morían antes que el puñal del sicario, o un obscuro martirio, les hiciesen daño alguno. La fe religiosa—como casi todas—está basada en una próxima delicia que se ha forjado la *imaginación*...

La fe. El Positivismo

La fe en el arte y la literatura tiene por fundamento la gloria por venir. El sentimiento de lo bello es esencialmente trascendental. El trabajo del poeta es del espíritu, aún con las evocaciones de lo tangible. Nada de lo ajeno puramente en él: el poder emotivo en presencia de una cosa tiene el mismo grado de fuerza de impresión que aquella en sí: la impresión poética, el baño impalpable... No creo a los simbolistas tan poco razonables como dicen sus odiadores, felizmente, en su mayoría, meros señores para parlamento, pese al correclísimo Hugues Leroux. Las cosas no se adaptan a las circunstancias de unas y otras sino por recíprocas conveniencias. Que lo raro sea un símbolo de lo raro: los gritos espantosos

del cuervo al amador de Ligeia, son una expresión exacta: corresponden al estado de conciencia del poeta: ama. Porque hay amores,—y éstos nunca se explican con una melódica revelación de ruisecor: lo grande, lo sublime, no es sino lo horroroso en una forma admirable,—ha pensado un crítico de clásicas tragedias cuasi brutalmente desgarradoras. Que lo raro sea un símbolo de lo raro: que lo divino no se exprese jamás por la brutalidad y lo mediocre. . . . Y que el idiotismo incomprendedor e intransigente, sea idiotismo también, y siga lanzando su "carcajada homérica" aún a través de cien siglos—si es que perdura—porque hombres excepcionales no confundieron sus armonías de otro mundo con el griterío prosaico de la plebeyez circundante, del majadero positivismo! Toquen sus "campanas de oro" los poetas, y aviven las escondidas deidades de su "reino interior". Nunca es tarde para que el mundo ingrato despierte de su inconsciencia y, haciendo de sordo a los clamores del odio y el desprecio, los reconozca siquiera sus altos espíritus y felices intenciones.

¡Pero el Positivismo! Esto, en la época presente es de interés. Sin embargo, como no sea el *equitativo* predicado en Suramérica por el muy justo señor Rodó, para unas democracias eternamente enfermas de prematuro pesimismo, el filosofar de Augusto Comte siempre será triste. "Aun dentro de la esclavitud material hay la posibilidad de salvar la libertad interior", dice el autor de *Ariel*. Y es así. Sólo que esa es mejor frase para trabajadores manuales que para artistas de espíritu: comprendedla: en ella el uruguayo es ante todo sociólogo. Para un Baralt, dependiente de comercio; para un Walter Scott, amanuense; para un Rousseau, para un Diderot, o un Francis Janmes, pongo en último caso,—podría haber sido de provecho, en su juventud, a no comprender ellos mismos la fuerza de tal doctrina o mera proposición, aunque al revés—tener que salvar alguna actividad física bajo la tiranía de su gran espiritualidad;—pero, para los no resignados, para los rebeldes—seguidnos con los hermanos de Leopardi a la memoria,—jamás. Porque esa frase no creo aceptable entre los altos soñadores—no, no la aceptarían,—sino

cambiada. Como la Providencia no cuida de su vida material, ellos la han olvidado.

Sin embargo, si tan fácil es, en su práctica, la doctrina del positivismo equitativo, no seremos nosotros sus intrusos impugnadores. Y no lo seremos aun tratándose de mortales tan superiores, ¡oh!, como Don Quijote,—el más grande soñador del mundo, según su propio, fidelísimo historiador Cide Hamete, que se hubiera muerto de hambre a no tener un Sancho a su lado y, para los postreros días, una hacienda en su pueblo. Además, los hombres todos no somos, en rigor, una generalidad. Los caracteres humanos son vidrios de varias formas y múltiples colores....

El profesional y el hombre artista

Nada más reprochable en el mundo que lo mismo que queremos en hallándose en otro poder. Y cuando un hombre se arroja sobre la dicha para devorarla—que siempre los de su raza fueron insaciables canes para con sus venturas,—los otros le han de pedir las comprobaciones de su consentimiento: El hombre todavía no es libre... (1)

Mientras exista la colectividad, la tiranía no podrá desaparecer. En la memoria de mil generaciones apenas si hay dos recuerdos de libertad absoluta: el de Adán, en sus primeros días, y el de Crusoe, en las serenas e ignotas soledades de ese melancólico país a donde, en una tarde triste, felizmente le arrojara la inquietud del mar. Cada uno hace su obra: cada cual es dueño de un espíritu, de una personalidad. Y cada uno juzga a través de esa su personalidad, sea cual fuere, y de los accidentes ora físicos, ora psicológicos que ocurran en ella. Todo es convencional: y así el éxito como el fracaso, muchas veces no son la expresión fiel de un valor positivo y justo. Uno de ellos triunfa, y entonces asoma el gran superlativo: la mentira profesional. (Entre el arte y la crítica, como entre todas las cosas y el individuo, existe un espacio casi siempre

(1) OFR: *Divagaciones a la sombra.*

insalvable: el *yo*, y junto a ese *yo*, la profesión: y este es el vientre fecundo de la mentira). ¿Qué decís, amigos, de un anatomista célebre, que así despazarra lagartijas como vivisecciona humanidades para estudiarles, de tal manera, su psicología? ¿Le llamarías *genio*? ¿Le conceptuaríais tan digno de parangonearse con Homero, con semejante calificativo? . . . No os creo muy tontos, o más bien, muy necios. Yo no puedo encontrar la razón que le induce a Salmerón García a decir parecida barbaridad: ¡ha visto "brillar" en la frente de Max Nordau los "chispazos del genio"! Barbaridad es, realmente, adulación cursi que más propende al reclamo: así, mejor hubiera sido que callase, cumpliendo, resignadamente, su triste deber de abonado traductor de rarezas alemanas. Nordau es médico; y su crítica profesional entrándose en el reino de los soñadores inmortales, es odiosa entrometida sin conciencia. Pero, por el simple caso de una extravagancia física en el *hombre*, insultar y echar por el lodo los méritos del *genio*, acción es digna de reprobación enérgica. Y aquí una confesión personal, sincera: quiero desligarme de tan brusco modo de juzgar la cosas del espíritu. Sea una crítica de hospital aquella, que yo antes prefiero ser solidario de los "locos", siempre que ellos vivan revelándole al mundo todos sus propios dolores, que entrar en docena con los mediocres "equilibrados"—¡oh, suposición amarga, y tan sólo por contradicción!—sin nada de cielo. Admiro a los genios por sus genios y nada más. Amo a los errantes peregrinos y a los desheredados del mundo. Considero en la religión de Jesús una poesía mas deslumbrante entre todas las del galileo y después elevada por la candorosidad de los místicos: un alma y un cuerpo—por más que ésta, como doctrina filosófica, sea tan vieja como el mundo.—Y en este sentido, apartando si algunas ingenuidades muy inocentes y su ampulosa expresión, hago más las palabras de un *sófista* de Ricardo León: "Acostumbrado como estoy a mirar al hombre genial como un ente superior, casi divino, y a respirar en sus obras el puro aliento de la inmortalidad; no me avengo a considerar que aquello que me inspira amor y admiración, aquello que se destaca de

la común medianía, sea anormal, patológico, y esté reñido con el equilibrio y la salud. Amo las teorías consoladoras de Carlyle y Emerson; aborrezco ese afán nuevo de catalogar las almas, de reducir el pensamiento a un puro mecanismo, de poner un marbete a sus más inefables misterios. ¿Qué me importa lo que Sergi llama *ambliopia mental* en "Leopardi, si los versos de este poeta despiertan en mi alma el calor-frió de lo sublime? Pero el genio ¿es realmente la locura? Ese delirio divino de las almas embriagadas de cielo; esas revelaciones inauditas del corazón enamorado; esos relámpagos que alumbran la noche de la historia, ¿son latidos de carne enferma, histerismos y epilepsias, floraciones viciosas y malsanas? ¿Existe, pues, una antinomia entre la salud y el genio? . . .

¿Y pues qué exista! ¿Dejará por esto, la humanidad, de sentir y llorar y amar la luna? . . .

Demoledoras son algunas sabidurías. Y hay otras que, siendo demoledoras, se hacen repugnantes, por el mismo hecho de predicar un antihumanitarismo inútil y ocioso. En los últimos tiempos, la inacción, y la vagancia han triunfado: de aquí el fácil desarrollo de esas ciencias que, antes que acumulación de conocimientos provechosos, son párrafos de divagaciones y sofismas inconducentes, de juegos hósicamente pueriles—permitidme la paradoja,—triturantes del cerebro y secadores del corazón y nada más. Inútil cosa es el espiritismo—que ningún bien nos trae a todos hasta ahora—; inútiles son las prédicas del ateísmo como una imposición sobre la colectividad; inútiles las divagaciones sobre los fundamentos del verbo. . . . inútiles las matemáticas, como no sea en un Newton, un Descartes o su ínclito fundador, Arquímedes. . . . Tan inútiles como la psiquiatría (¡si se curarán los criminales, o las tendencias que Madre Natura nos impuso *para siempre*, pesc al señor Metchenjoff!); los Lombroso, los Nordau, persiguiendo con el escalpelo implacable de su profesión a los "degenerados superiores", a los "idiotas", "lúcos peligrosos" e imbéciles: éstos no desaparecerán, de la tierra, en los siglos de los siglos, mientras haya corazones y cerebros humanos.

Y pues, que es opinión de Chateaubriand, esto que la humana especie ha de vivir siempre llorando y

soñando sin remedio—repetimos,—inevitable resulta, amigos míos, la existencia de los sueños y de los dolores—en rigurosa relatividad con la moral grandezza del que los goza o sufre, por desgracia nuestra. E inevitable la vida intrusa—si así lo queréis—de los eternos doloridos y soñadores eternos,—así fueran ciegos como Demodoco, Homero y Milton; mártires visionarios como Mauricio Rollinat—nada más que un San Antonio perverso—y Edgar Poe; intoxicados viciosos, como Baudalaire y Maupassant; pobres desvalidos y fustigados y vagos miserables como Witman y Lelián.... ¡No importa! Producto de enormes despechos y furibundos odios se dice que fué más ese infame libro que por el mundo corre con el título de *Degeneración*. Hiriendo al poeta se ha herido el corazón humano: que la humanidad le pague bien al autor de tal herida: así es. Pero, realmente, muy ciegos seríamos si la aparición de ese libro culpáramos al mero "sentido psiquiátrico" de su autor, y no a una razón diversa, muy palpable por cierto.—Sabemos que la alta cultura, la muy refinada civilización siempre tuvieron enemigos; porque, según estos mismos, ellas de la corrupción son eternas precursoras. Y nada más cierto, aunque doloroso. Guillermo Robertson, como corolario de una exposición de Tácito dice, de los *suones* (bárbaros de una antigua tribu germana), que—"tanto se habían civilizado que iban corrompiéndose"... [1]. Y así aparece todo el mundo a través de las diversas épocas de la Historia. Quiero estar en algo de acuerdo con Nordau: acaso ha estado muy en su juicio cuando ha querido estudiar *más de cerca* la gran cultura francesa [que no la *kultur geh?*] en sus sobresalientes artistas, como otra ocasión, ese Tácito, los *adelantos* de lo que hoy es Alemania en los mejores salvajes de la época: los corrompidos *suones*. Sólo que—y permitidme que lo exprese con dolor—lo ha hecho más por razones de conveniencia racial... y también personal, que por amor a su misma ciencia y hasta a la Historia. Claro que él protesta. La humanidad, la juventud decrepita,—dice. Y es que toda la humanidad y juventud decrepita está en Francia.... Ya

[1] *Historia de los progresos de la sociedad en Eusebia. Nota X.*

lo habréis visto. *Degeneración*, a pesar del capítulo *Siglo XX*, dedicado a los "jóvenes plagiaros alemanes" y del retazo a Federico Nietzsche,—un pretexto para sincerar odios latentes,—es todo un especioso ataque a la ilustre nación francesa. Ese manual de críticos simplones es una expresión entristecedora de toda la rabia científica alemana por la grandeza del genio francés. Es el patriotismo germano saliendo de sus fronteras en forma de crítica literaria. Es ese patriotismo que hoy se desborda con toda la brutalidad tradicional de su raza sobre toda Europa.

¡La Europa desolada! ¿Me permitis divagar algo también acerca de la guerra y de sus primordiales causas?

Aunque yo no juzgo la actual siega de hombres un asunto de mera política internacional—de expansión territorial, como ya ha aprendido a decir el mundo tético,—diría también que por un poquillo de fatalidad. Pues bien sé que ésta, como cualquier otra guerra, es, y será siempre, hija de una causa superior, por más que los políticos o estadistas no lo vean así. Las causas físicas—en estricto sentido—para los fenómenos de Naturaleza; las biológicas, para la humanidad. . . .—¿Las causas biológicas?

Los conflictos de la guerra y el hombre en sí

Desde cierto punto de vista considerando, im pertinentes he creído las preguntas acerca de *lo que sucederá*, después de la guerra actual, con los sentimientos, ideas, etc. Hay espíritus que, en su pasmo por el trastorno europeo, piensan en trascendentales cambios políticos, sociales y hasta literarios. Son ánimos optimistas: quizás no se equivoquen. No obstante, esto yo juzgo como una expresión de la bobería neutral, simplemente.

¿Quién no conoce ya al muy célebre señor D. Santiago Ramón y Cajal? Es biólogo profundísimo, después de filósofo: es una especie de Heráclito muy sabio y, sobre todo, muy enemigo de la raza humana; un hombre que, en llegando a ponerse a una mesa de epicúreos, con sólo su presencia mataña a los con-

vidados. ¿Para qué más? Triste, sombrío, negramente pesimista, causa miedo con cada una de sus palabras. El no cree en ninguna posibilidad de reforma humana sino dentro del convencionalismo social: en el fondo, el hombre, aisladamente observado, no sobrepasará nunca de su cualidad dolorosa de mero animal, de ente miserablemente perverso. Sólo dos valores dignos de estima el hombre ha creado, según él: la ciencia y el arte,—olvidando, me parece, "el *instinto* poético". Y todo lo demás no es sino modificaciones pasajeras y, sobre todo, convencionales. En lo moral no ha progresado nada; afirmación que funda el crítico en un "hecho" biológico desconsolador: la desesperante resistencia evolutiva del cerebro". "Igualmente irrisorio aparece ese otro progreso—agrega—nuestro antepasado cavernícola espoliaba y asesinaba franca y sinceramente, sin atormentar a sus víctimas con ninguna teoría antropológica; hoy los agresores, cuando son fuertes, escriben libros eruditos, repletos de alta filosofía política, no sólo para cohonestar sus atropellos e iniquidades, sino para presentarse ante el mundo como una raza superior a la que todo está permitido"... [1]. Si entre todas las respuestas obtenidas de los eminentes españoles por el señor Ortega y Gasset, hay una que se distinga más, por su falta de retórica y plenitud de verdad, ésta es, la del sabio incansable, del perseguidor tenaz en el descubrimiento de las variaciones celulares en la humana bestia. Recordando a Weisman, modestamente declara que "ninguna de las adaptaciones culturales y sociales del hombre se ha transmitido todavía a las células germinales y adquirido, por tanto, carácter hereditario. Consolémonos, pues, pensando que, por imposición fatal de la inercia nerviosa, nuestros descendientes serán tan perversos como nosotros"... Y luego, después de aquel es-

[1] Conestación a la enenesta del heblomadario madileño *Esfaña* sobre futuros cambios ideológicos, etc., después de la guerra presente.—Pensamientos parecidos acabo de encontrar en un nuevo libro que me llega recientemente, ya terminadas mis *Liminares*, y en momentos de darlas a la prensa. *La Lámpara de Aladino* se titula, por Blanco-Fombona; y en una muy amena sección de *penas y sentires*—después de *Ciudades y Panoramas*, la mejor del libro—hermosamente se dice sobre *los progresos de la unidad*. Es consolador.

pantoso *consolémonos*: Doloroso es confesar—prosi- que el maestro—que hemos puesto demasiada con- fianza en la eficacia educadora de la religión, de la moral y del arte. Nuestra tan encarecida cultura se ha constituido por acumulación coordinada de no- ciones relativas al mundo. Ella nos permite actuar sobre él, pero no sobre nosotros mismos. El som- brío y trágico *yo* que llevamos incrustrado en el ce- rebro permanece intangible y hermético. Nadie ha logrado suprimir o corregir nada de esas células ner- viosas portadoras de instintos crueles, legado de la más remota animalidad y creados durante períodos geo- lógicos de rudo batallar contra la vida ajena”.....

Este juzgar de un hombre envejecido en la ob- servación continua de los fenómenos biológicos, creo, —como Gastón Paris al hablar de aquel gran Pas- teur, descubridor de la disimetría molecular—“uno de los secretos más ocultos, menos sospechados y más importantes de la naturaleza”;—que bastaría pa- ra darle merecida inmortalidad, si sus semejantes fue- ran tan buenos que le toleraran las altas verdades que expone. Aquella progresista acción devora- vora—*eterna ley que rige desde el infusorio al mamí- fero*—tiene, por dicha, su incorruptible testigo en una fatal denunciadora: la Historia. El adelanto de la ciencia de la perversidad, sigue una escala brillante- mente ascendente: todos los representantes de ese la- mentable evolucionismo, desde el estado primitivo, rústico, hasta nuestros días, de refinamientos y blanduras hipócritas. Caín, Lamech, en el antepasado cavernícola, que dice Cajal; Grocio, Lamy, Maquia- vello y Hobbes en lo moderno, dentro de la vida co- lectiva, en forma de doctrinarios y filósofos. Y lue- go, toda esa gran canalla de fuertes y táimados que, aprovechando la estupidez producida por un fanatis- mo infame en la humanidad, agrupada como rebaño, tiranizó y degolló y mató sin que nadie protestara,— porque, según parece, todos eran cobardes hasta para gemir, durante diecisiete. . . o más siglos,—si así lo que- réis, ¡oh!, todavía ingenuos liberólofos de la Europa transhumante. ¿Pero qué? Tenéis vuestra disculpa. Vuestros hombres libres—o más bien, con ganas de ser liberales, en la mayoría,—son pocos para sacarlos de esa triste filosofía que antes habéis reconocido pa-

ra ser esclavos: la de la sumisión. "Si hay esclavos de naturaleza, es porque antes hubo esclavos contra la naturaleza. La fuerza es la que hizo los primeros esclavos, y la cobardía los ha perpetuado"—se lee en luminoso capítulo de *El Contrato Social*. ¡Magnífico! Mas, esta es ya la perversidad en colectivo, que es lo que conduce, sin dudá, a todas estas grandes hecatombes internacionales. El del individuo, ya está: la Historia nos lo muestra negramente triste; la moral universal, ¡ah!, la moral universal... ¿pero qué nos van a decir los moralistas? Rememorando a los más notables, casi lo mismo que los biólogos modernos: tienen el mérito, sí, de haberse adelantado, fundándose sólo en la observación, en la experiencia, *en sí mismo*, como ha afirmado cierto francés muy célebre. La moral de Séneca, como que tan rigurosa, determina que hombres "miserables" pueden haberlos desde su pensamiento mismo, y lo peor de todo, "según el grado en que lo piensan ser".... Lo cual no es psicología: en ese decir no tenemos más que una magistral proposición de catecismo ético. De Montaigne, poco; de Pascal, nada; de La Bruyère—y de algunos parodiadores de nuestros días—es todo cuanto se ha conocido en este aspecto del corazón humano: "Se llama honrado al hombre que no sale a robar en los caminos, que no mata a nadie, y cuyos vicios no son escandalosos....". El grito de *¡horror!* del muy humanitario y santo señor de Maistre, pues, no es sino una nueva manera de expresar lo ya observado por el autor de los *Carácteres*. Sin embargo, innegable es que muchos de estos observadores, han tomado copias, quizás exactas, de la vida real. A diario suceden tantas cosas que se prestan para estas consideraciones. Nosotros propios, ¡cuántas veces no hemos visto a algún individuo, por lo menos, leer, con interés, antes la noticia de un asesinato que la de la felicidad repentina de uno de sus buenos parientes, por ejemplo! Y así opina Franz Brentano. Ese tipo raro, ese excentricismo feroz, caso para la medicina legal llamado María Jeanneret, que se complacía en la contemplación de torturas ajenas y "rogaba de rodillas le dejaran asistir a las operaciones peligrosas" en las clínicas o en el hospital,—podiera decirse que no es sino un

gran superlativo del ser humano en sí. Se es moral —palabra inventada por la sociedad— o por no faltar al convencionalismo, o por sugestión voluntaria, con el noble anhelo de dominar "el primer impulso", —a la manera de Turiri, *virtuoso burgués de Bagdad*, y personaje explotado por Lemaitre, para su deliciosa acotación poética al margen de la Zend—Avesta. —Sucedió un día que, este tal rico y virtuoso burgués, derrepente, tácitamente fué facultado para que hiciese lo que quiera con su primer deseo. Turiri, hombre virtuoso, casi el rato mismo de la concesión, entre caballos, mendigos y gente honrada mató algo más de doscientos. Cuando murió, y en compañía de un secular ermitaño de por ahí llamado Maitreya presentóse todo desencajado a Ormuz, el Dios bueno, éste le dijo: Virtuoso Turiri, dulce servidor mío, hombre verdaderamente bueno, entra en mi descanso. Los crímenes que Maitreya te reprocha, los cometiste muy a pesar tuyo; pues que fueron el resultado de ese primer impulso que nadie puede dominar. Se odia fatalmente lo que molesta, y fatalmente se desea el aniquilamiento de lo que se odia. La naturaleza es egoísta y el egoísmo lleva consigo el deseo de la destrucción. De este modo, el hombre más virtuoso empieza, allá en el fondo de su corazón, por ser un malvado, y la capacidad concedida a un mortal, de poder realizar en cualquier circunstancia el primer impulso involuntario, concluiría con despoblar el universo: . . ." [1].

Así es el hombre en sí. En la colectividad, el poder de ésta le restringe, le acoquina,—cuando no ha llegado ha dominarla; en la soledad absoluta, sus pasiones todas se duermen; la ira, la venganza, el odio no encuentran factores. El alma se despierta al bien; pero al bien relativo. . . . El estoicismo es una aspiración de mejora humana; el indiferente raras veces fué censurable por su falta de buen sentido: la filantropía, la heroicidad y todas las acciones generosas son triunfos del espíritu sobre la animalidad común; pero del espíritu convertido en amor propio y dignidad, no innata como dicen, así generalizando, algunos bobalicones; sino "sugerida" . . . ¡Cuánta pe-

[1] Trad. de Ballu.

na; Dios mío! (Os pregunto: ¿cuál creéis que ha sido más fácil en vuestro espíritu—la piedad o el odio?) Yo, al revés de Rousseau creo que en la naturaleza el hombre fué malo... aunque con nadie, y en la sociedad es bueno—¡pero en la buena sociedad!—si quiera hipócritamente. Sin pararnos en consideraciones etnológicas, daríamos, de muestra, dos ejemplares diversos, frente a frente: un salvaje de la antigua Galia, el *walche*, por ejemplo, que mataba a tres clases de personas, despiadadamente—locos, leprosos y extranjeros—; y otro de nuestros tiempos—ya civilizado francés entonces,—que sabe que los manicmios y lazaretos son *humanitarios* y la tierra propia lo es también del desconocido extranjero. Si inquiriéramos por sus opiniones, claro que la acción social fuera la causa de todo. Lo propio dirían Sesostris, lo propio el príncipe de los Chietas—los primeros diplomáticos del mundo, ambos, que conocieron la enorme importancia de las palabras dulzonas—oh! la humanidad, derechos de hospitalidad, asilo!—para el afianzamiento de sus recíprocas ventajas... No es, pues, bueno que a Madre Naturaleza culpemos la *bondad innata*. Sólo que, en la comunidad, sí, la perversidad ha venido a ser más innoble por lo felona.— [Bueno, ¿y qué resulta de todo esto?, se me dirá. Y yo digo: que en todo caso debemos refinar, magnificar el convencionalismo, la mentira, o sea la imaginación, para ser mejores: ¡ya que es inevitable, hay que refinarlo!].

Tomando, pues, como razón fundamental, la naturaleza del hombre—que nada de perverso demostrara en verdad si la sociedad—¡tan positivista!—no le diera para tal cosa ocasiones mil;—se diría que es dolorosamente utópico pensar en cambios posibles en lo por venir. Se acabará la guerra infame que hoy asuela Europa, sí; pero como toda la humanidad no perecerá con ella, el día de las represalias no tardará en llegar. ¡Sólo la Naturaleza es inmortal! Ella no se transforma: única desde la creación hasta el final, no soporta retoques sino en la fantasía de los dichosos de la existencia que, por el desarrollo de su vientre y de sus bolsillos, juzgan, con ciertas candorosas almas optimistas, todo reformable y perfectible.... Sin embargo, ¡hay tantos que la odian! Cuando;

realmente, debemos adorarla. El arte o la literatura que se vincule en ella, no cambiará nunca. Se magnificará sí; pero desaparecer, jamás. No mintamos la divina sinceridad de lo natural. El hombre es de suyo poético; imaginativo, sentimental, pensador; pero no digamos que es culpa suya también el ser perverso; esto corresponde a su parte animal; lo demás es cuestión de esa cosa superior llamada *espíritu*; y nada más. Y esto es la naturaleza...

Reaccionemos

Por lo expresado, creo que,—por más que se citen épocas de *literatura bélica*...—nuestros modos de pensar antes de la guerra presente, no serán innovados sino a influjo de dos causas poderosas: o del miedo, del fetichismo; o del optimismo, el supremo *instinto* del triunfo...

Y en el fondo, el hombre...

Pero es verdad que la literatura, para ser amable, no necesita brillar como hija de época determinada: como que su valor es intrínseco—su propia hermosura,—preséntase más bien cosmopolita, bella en todas las latitudes y a través de todos los tiempos, según el grado de fuerza intelectual de *sus* hombres.

Y entre tanto, pues, la guerra europea no nos preocupe más que como a miembros de colectividad y de raza. Reaccionemos....

La literatura en los individuos y en los tiempos

Como cada uno tiene su manera propia de mirar las cosas, según ya se ha dicho, en no habiendo aquiescencia o similitud recíproca entre dos o más pareceres, la literatura—y, generalmente, todo lo artístico—no existiría sino individualmente... Mas, consolémonos, queridos artistas, y también ¡oh! queridos y eternos tiranos, con que, en sus siglos de vida, la humanidad no llegará nunca a un nivel tan perfecto que, en ella misma, no permita las imposiciones y los atacamientos.—Cada alma es una representación de vida: la libertad es su madre. Por eso, el absolutismo de las ideas como de los procedimien-

tos éticos dentro de uno mismo, tendrán siempre su tácita justificación.

¡Sabemos el día en que nos hallamos! Verdad que, en una época como ésta, de pleno anarquismo intelectual, esas afirmaciones resultan extemporáneas, inactuales, de ningún valor, por tanto. Los hechos valen más que la filosofía de las palabras,—se puede objetar. Así es . . . y será en todo tiempo y en todo país. Pero es que, por una equívocación lamentable, se es anarquista, en ciertos pueblos, por la mera razón del "yo!"; y de un yo pobre y restringido que, por estas mismas inconveniencias, no puede acercarse a la generalidad—que, muchas veces, está constituida por grandes espíritus. Se ignora la legalidad del anarquismo—si así me permitís expresarme. Por esto la decadencia del pensamiento en definidas épocas, fuita de poderosos cerebros—guías. Falso es el razonamiento de los cursis, imitadores de lo volandero, sin siquiera comprender la relatividad de su importancia. Se es libre cuando se tiene probabilidades de reportar alguna utilidad al arte. Ser independiente no quiere decir que tan indispensable sea ser mediocres. Y seguimos.

Los espíritus libertarios, los grandes libertarios de sociedades enteras, no han proclamado sólo la independencia físicamente personal, sino también, además de la moral, la intelectual y artística. Con Voltaire, el rebelde al *derecho divino*, asoma también el verso libre, si bien no tan francamente como en tratándose de sistemas filosóficos; los versos que hacen quejarse al ilustre autor de *El Genio del Cristianismo*, en medio de los elogios que le arrancan las armonías del poema a Enrique IV. Mirabeau. . . . pero, cuándo no fueron libres los franceses? . . . Sólo que: lo fueron con talento, y no por dejadez o ignorancia como ciertos modernistas contemporáneos; he ahí la gran diferencia. Ser libres cuando los arrebatos del espíritu así lo exijan; desligarse de *viejos moldes*, como ahora se dice, cuando una época—aquella en que vivimos—nos presenta otros, es altamente plausible. Si no así, bien están los clásicos con todas sus bellezas. Y que la manera de expresar éstas sean hoy un difícil problema, cierto: hemos de procurar solucionarlo lo más felizmente posible. Y si es verdad

que la crítica moderna ha dejado ya de ver en el *Quijote* de Cervantes una obra de pura retórica, sino el fiel retrato de una grandeza moral; no es menos verdadero también que nadie ha olvidado la cultura del gran manchego para no enunciar sus pensamientos en complicados galimatías de castellano ramplón. . . . No obstante, con las anteriores causas reconocidas, los efectos deben aparecer muy otros. Ya no cantaremos la gloria del Cristo sino como inaudito acontecimiento histórico. Y nadie nos impondrá modalidades de escuela a la fuerza: en este caso podemos evocar nuestros derechos individuales, el valor personal; y *hacer para nuestro reino interior*. Y en el mismo caso diríamos: La República, que amamos en lo político, debemos introducirla también en lo sentimental [si sois tan tontos que creáis que los humanos sentimientos estén también sujetos a modificaciones ó revoluciones alguna vez]; queremos decir, en el arte—que, ingenuamente comprendiéndolo, no es sino manera especial de expresar los sentimientos. No nacimos con el sello imborrable de las herencias sistemáticas en que, por desgracia, aún creen los puritanos y unos cuantos fanáticos de lo fósil. Somos individuos, somos entidades absolutas; y, si se quiere un alegato menos general y al alcance de idiotas comprensiones: somos jóvenes—valga el pedantismo, qué diría el señor Miguel de Unamuno—de un siglo de evoluciones poderosas: nosotros las seguimos. Para nuestros sentimientos artísticos haya una sola y definitiva orientación: *la propia real gana*—con toda la brusquedad que pueda tener esta frase, felizmente de los labios de aquel muy liberal español. Y añadiríamos: El buen gusto en sí no es siempre la expresión invulnerable de un siglo de celebridades: es el corazón del hombre rodando sobre los tiempos y las vicisitudes mundanas, a través de los refinamientos culturales, así de las razas como de los pueblos. . . . Veintidós o más siglos há se adoraba allá, en la vieja Roma, el cuerpo marmóneo, por lo blanco de sus formas divinas; de una *Venus* lasciva y soñadora. Virgilio la vió entre los sencillos pastores de Mantua: ellos preferían la Venus positiva, la amada de carne a la diosa tradicional. El “divino Coridón” dijo un día: “Grato es el álamo para Hércules, la viña para

Baco y el laurel para Febo y, para Venus, el delicado mirto. Pero mi Filis prefiere el avellano, y en tanto que le ame, no podían igualarle siquiera, el mirto de Venus ni el laurel de Apolo".... Tal de intenso es el amor del pastor. Coridón el rival de Tirsis; consagrado por el ingenuo Melibeo.... [1] Horacio, como Virgilio no la olvidó en sus versos; y Ovidio, desde la negra Tomis, y con el vivo recuerdo de su hembra lasciva, la hija de su verdugo; Julia; la cantó sin descanso, ora en enervantes poemas de amor y de añoranzas y recuerdos, ora en largas historias como las *Metamorfosis*; ora en elegías que son siempre lloros "impregnados" de dolorosa nostalgia por un bien de carne blanca y palpitante....

Más tarde asoma el Cristo; el Cristo de la caridad y el bien universal, con sus palabras de dulce sentimentalismo. Su marcha triunfal a través del país de Galilea, es como una odisea de ensueño—vaguedad misteriosa de poesía,—como una caravana fantasmagórica de idealidades—de todas las idealidades—puestas en concreto por el pincel de un divino artista. Esa vida es un puro, melancólico verso. En ella todos los años pasan como indescifrables visiones de fantástica leyenda.... Y ésta es una poesía, la mayor poesía de cien religiones: literatura de los cinco apóstoles; belleza final de un gran libro de inmortales poemas—la Biblia. Esta, la literatura sublime que, ya en ricos palacios, ya bajo la choza de un solitario monje persistió, para acato universal, a través de quince o dieciséis siglos. A influjo de esa literatura divinamente magnética, mil hombres se dejaron comer, resignados, por las hambrientas fieras del Circo romano; y otros tantos dieron, con su vida, en la triste y legendaria Tebaida (de cuyos ¡ay! lejanos tiempos ya sólo se recuerda en sueños....), para perdón de sus culpas y menoscabo de las de la humanidad bulliciosa y alegre y despreocupada. Tomás de Kempis se ha inspirado en ella para sus desgarradores poemas de la muerte; Francisco de Asís, Teresa de Jesús.... La han mostrado en toda su grandeza Klopstock, Milton, Tasso—que así canta triunfos cristianos como amores de mitología, y a quien llamaría yo el

[1] Egloga VII. Trad. de Machado.

de la mixta inspiración; Dante Alighiere con sus aterradoras descripciones de ese mismo infierno goñado por el mismo Cristo, y cien grandes poetas más.

Y he aquí, pues, *el gusto* impuesto por una revolución moral: sólo terminará con la religión del Cristo y sus apóstoles; que, para su desgracia, ya va languideciendo, languideciendo como un brillante sol en el ocaso.

Literatura General. ¡Cosmópolis!

Tanto gusto hay en invocar una Venus como en cantar layes a la Madre de Jesús, y como en arrojarse ante una diosa positiva de carne y hueso. Hay gusto en la representación de un mundo poblado de bellezas impalpables, y lo hay también en el infierno y en la tierra, junto a la aterradora poesía del demonio. Yo aprecio los cuentos de Francesco de Barberini como simpático con la fábula del contrato de Fausto con Mefistófeles. ¡Y en esta época! ¿Y por qué no? Seamos atentos al *espíritu* de cada pueblo y época y a la civilización, naturalmente evolutiva. En lo moderno se reconoce un gusto especial en la mayoría de las almas artistas: el que inspira la Madre Naturaleza. Es plausible. No seamos intransigentes. Lo bello expresado de una u otra manera no deja de ser agradable. Sólo que, el apreciarlo no depende más que de gustos. . . . ¡De gustos! ¿Qué? . . . —La imposición de uno sólo [que aparece por épocas más o menos largas, sí], es el egoísmo individual—valga el ripio—en un modo de pensar o sentir, y muchas veces en un extrayagante capricho, con aquiescencia de todas cuantas voluntades se afinan con la principal. Y es así como tantas ocasiones una excentricidad puede pasar, por tiempo indefinido si posible, por buen gusto. En el mundo hay tanta libertad para hacer una cosa como para calificarla. Y si es verdad que la *ley prohíbe* ser homicidas, esto no es bastante para mantener las manos del asesino atadas a la espalda, ni para impedir que él mismo llame buena su acción. Y así en literatura: como en todas las cosas. Todo en ella, repetimos, no depende sino de la anuencia de inclinaciones, de

pareceres o, si queréis, de circunstancias y caprichos. ¿Qué mucho ni admirable es que, en pleno clacisismo, tanto se invoque el rigor de las reglas artificiosas para una *perfección segura*, cuando la intransigencia imperaba en todas partes, así en lo político como en lo moral y educativo; en lo privado como en lo público? . . . ¿Qué mucho que hoy tengamos *escuelas* en cada grupo, y aspiraciones de imposición universal en cada individuo; cuando la educación es múltiple, los sentimientos se despiertan conforme al poder de la imaginación, y el alma toda, en fin, se muestra tan cosmopolita como la misma Naturaleza, para contemplarla y analizarla? . . . Representaos un hombre civilizado y un salvaje; éste y uno que haya estudiado geografía o que diserte sobre las razones éticas de la Religión, por ejemplo: todo es cuestión de cultura, de *desarrollo interno*, si así me permitis expresarme.

"La literatura debe ser la expresión de la época en que se vive"—repetía en España su famoso crítico Mariano José de Larra, haciendo propaganda de la *novación* [hoy cosa vieja] de Victor Hugo y Dumas. Y además de un espíritu, agrego, sin hacerme sí enteramente solidario de tan restringido modo de ver la literatura en la amplitud de su acción. Pues hay literatura *para* una época y literatura *de* una época. Las letras, o más bien, casi todos los libros de los siglos XIII y XIV, de Italia, verdad que están repletos de bribonadas: ingenuas adúlteras, sacristanes pillos y frailes en camisa: es razonable: esa literatura es expresión de la época del mal siglo de Alejandro VI y demás Borgia; más o menos auténticos, cuando a de Brescia y Savonarola les tocó nacer, desgraciadamente. . . . Pero un Zola y, antes de él, un Voltaire y un Mirabeau, no expresan sólo cosas de su tiempo: ellos han nacido para *torcer el rumbo de aquél* y dar "nueva vida" a las ideas y manera de exponerlas. La actual América Latina ¿qué representación espiritual tuviera aún a dos millas lejos de sus límites si ella tratara de expresar su propio, feble espíritu? . . . Ninguna. Pero tendrá con los libros de vigorosos esfuerzos culturales, como los de José Enrique Rodó, Vaz Ferreira; con obras universalmente *sentibles* como las de Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Santos Chocano

[hablo sólo de los de hoy]; con páginas pletóricas de anhelos de resurrección racial, como las de García Calderón, Manuel Ugarte, Blanco-Fombona..... Tendrá como ha tenido siempre sólo con hombres como Juan Montalvo, González Vigil, Domingo Sarmiento.... Pero con mastuozos—oh!, como sus gobernantes—; con hominiccacos de aplastado cerebro y de peor corazón, que, en su restringimiento genialmente visual, no vean más tierra en el Universo que aquella en donde están parados; con nulidades así; representación espiritual, digo, no la tendrá jamás.... ¡Si no me creéis, a Pancho Villa hacédle literato! Conocemos algunas desventuradas patrias: en ellas cualquier hombre torpe se llama periodista; cualquier hombre analfabeto se arroga las prerrogativas de alto crítico literario; el majadero "*principia con esto y acaba con estotro*" es su indispensable introito—reproche de ignorantes. ¡Pobres patrias! Sin embargo, han habido algunos—la mayoría de los cuales muy cursis felizmente—que han opinado a favor de una posible *escuela literaria* sudamericana, netamente udamericana. No discutiremos: es inútil. A los que tal piensan sólo hay que decirles: sed lo menos políticos posibles. La literatura no es como vuestra política, política de meros nombres propios, de caudillos. La literatura es belleza, la belleza es universal, y siendo universal es para todos los hombres. Si tratáis de imponer vuestra literatura en el mundo, o siquiera en otras partes que no sean América Española, imponed primero vuestras costumbres, vuestra cultura, vuestros vicios.... De otro modo, ¿quién os va a hacer caso? Hasta los grandes degenerados, para ser grandes, necesitan ser de Francia.....

Por América

No obstante, esto no quiere decir que neguemos enteramente la posibilidad de una relativa originalidad—cosa diversa del simple *americanismo*—y demos tanta preferencia a lo exótico. He dicho lo anterior nada más que como una ingenua amplificación, para mí, de lo afirmado por el señor Rodó, al prologar a Darío. Quizás sea creíble un americanismo absoluto;

pé o siempre que América literaria quiera vivir inédita. . . . Y por lo demás, claro que en nuestro Continente mismo hay fuentes fecundas de original belleza. Rabindranath Tagore, en hallándose aquí, tan fuerte como en su India. Es cuestión nada más que de talento y, si no os asustáis, nada más que de genio. . . .

En los Andes. Algunas opiniones

El amor a la Naturaleza, y especialmente a la *de los Andes*, ha tenido, por decirlo así, algunos apóstoles o directores, que propenden, en su fanatismo por ella, a hacerle un tanto místico; pero místico en sentido perfectamente religioso. Caracterizaré. El Dr. Federico González Suárez, ilustre sudamericano ya por su ilustración, ya por su estética, publicó, hace algunos años, un opúsculo sobre la *Hermosura de la Naturaleza*. . . . Lleva correcto prólogo de Menéndez Pelayo. En dicho opúsculo se expresan bellos conceptos, un tanto generales y otro tanto didácticos. Según éstos, nuestra naturaleza, teniendo como tiene un distintivo especial entre *otras*, así fueran *de la Groenlandia*, por ejemplo, es la única que debe inspirar la poesía, la literatura sudamericana; en sus descripciones vivas del mundo físico. De éste están, entre tanto, excluidas las imágenes o representaciones paisajistas esencialmente no *andinas*. Débese retratar fiel y galanamente nuestra propia naturaleza, tan rica, tan hermosa y tan universal. En esta consideración, el escritor cree necesario pintarnos lo que él tanto admira. Y lo que sobre todo le llama la atención es, quien lo creyera, la petulante voz de un "grillo", de un "sapo" u otros animalitos así, de este género, no menos sucios que abundantes por estas tierras, casi siempre tan húmedas y tristes. . . . Y es que esa afición por los bichos aquellos tiene su fundamento muy positivo: el sentimentalismo religioso del admirador. El obispo Miryél de Víctor Hugo "se lesionaba el pie por no aplastar una fea ponzona que se le atravesaba en el camino". Francisco de Asís, Gregorio Nazianceno han de haber hecho, sin

duda, lo mismo, supuesto su inmenso amor para con los seres; Santa Teresa de Jesús, Fr. Luis de León . . . Todos éstos respetaban y admiraban a los pequeños irracionales; nada menos que contemplando en ellos la habilidad para andar, para comer y para ver—¡pues que tenían ojos,—y, al mismo tiempo, meditando sobre esa otra habilidad, aún más potente, de “Aquel” que tan diestros hiciera para correr, andar y construir sus casas a esos bichos. Viéndolos, no se puede dejar de admirar lo inmenso, lo infinito de la “Sabiduría, increada”, que dice el señor González Suárez. La contemplación de Natura, pues, no trae—y aún, no debe traer—más consecuencia que el inmediato pensamiento en la incomparable ciencia de Dios. Y aquí viene precisamente la proposición falsa de aquel gran escritor. Quizás ella corrobora, *una vez más*, mi afirmación anterior: que el gusto—y la crítica—son hijos, en la mayoría de las veces, de un aislado “yo”, de la insalvable sugestión personalmente profesional. Porque *ese* espíritu juzga *así* de las cosas de Naturaleza; determina también: que los ateos no pueden amar nunca la naturaleza. “El ateísmo destruye siempre la encantadora hermósura de ella”—dice. Con el cual modo de pensar ingenuamente os confieso que no me estoy muy conforme. Yo sé que el mundo físico es una cosa positiva y Dios un mero asunto de imaginación. Es admirable el modo de apreciar la naturaleza de Chateaubriand, sí; pero sólo mi respeto para con tan magno poeta me libre de llamarle, ese su modo, con cierto señor de Lafargue, simple producto de un “sentimentalismo macarrónico”. . . . Si Juan Jacobo Rousseau pensaba sólo en la *Sabiduría increada*, cuando al borde de un abismo “solía estarse contemplando el remolino de las aguas en el fondo horas y hasta días enteros”, no lo sé. Pero también os diría una franqueza: el excesivo amor de Natura trae, como consecuencia, un estado patológico especial, incluídible y, sobre todo, permanente. Así, el religioso, acostumbrado a mirar en todas las cosas sólo una obra del Sér Superior; porque así lo exige pensar su misma fe; no se entregará enteramente, casi nunca, al paisaje para gozar aislada e íntegramente de él: ésto—pensara—no sería sino olvidar la primera causa; ¡un pecado! Y

su alma, con este modo de sentir, va haciéndose, poco a poco, algo como un disco de fonógrafo. La voz que ella propia ha dado a las cosas va grabándose, grabándose en su seno hasta que, al fin, como aquella misma dulce lámina musical, no puede dar más que una sola nota, un solo canto.

Y así con todas las demás.

TÉRMINO

El hombre artista ante la Opinión Pública

Hay refrán que, entre dos o más propiedades, atribuye la de la locura a todo ser humano. Si dicho refrán es en sus tres partes verdadero, no podrá afirmarlo. Pero es verdad que el vulgo no siempre vale lo que la esfinge con cabeza de asno, simbolizada por Pascal. Sabe decir, entre sus absurdos y candideces, también algunos aciertos.

Según esa observación, pues, diríamos de Cicerón que *su poco* de locura, universal, ineludible, lo tuvo al recomendar la siguiente barbaridad: ¡que todas las obras, así del árido intelecto como del fresco ingenio deben ser confiadas, sin vacilaciones, al *pública*, a la opinión pública, *crisol* donde se purifica la fama, el real valer de un gran espíritu! . . . ¿Por qué no os reís, amigos? ¡La opinión pública! ¿Que es Don Quijote para la opinión pública? . . . Un simple libro para reír, a la manera de las historias de Bertoldino y Cacaseno, personajes tan citados por la letrada gentuza, así en escritos serios como en esos que quieren ser festivos, aún expresando cosas vulgarísimas, extremadamente plebeyas! La Opinión Pública. . . es el griterío de la vulgaridad y la insipiente, el entusiasmo o descontento inconscientes de la ignorancia colectiva. Y si por algo aprecio a Luis Bonafoux es, precisamente, por haber comprendido así to-

do el valor de esa inmensa porquería. Los fracasados, los mediocres, los simples son los consagrados por la opinión pública. Si altos espíritus dirigentes no sacaran a la luz a los talentos excelsos, a los genios, éstos estarían perdidos: la constituyente borrical de la Opinión los ha condenado: son incomprensibles, aturden la cabeza, ociosas son sus complejidades. Cuando Sienkiewicz es tan popular y al mismo tiempo consagrado por la sabia determinación del premio Nobel, no es porque la turbamulta de sus lectores aplauda el genio del hombre productor, sino las maravillas del libro y del libro fácilmente comprensible, por su fecundo universalismo. Ya canalla del público es ante todo y sobre todo positivista. El hombre físicamente mediocre le inspira recelos; las materiales riquezas, el puesto predominante le ayudan en los juicios de su paupérrima estética. . . . Y por eso, el hombre verdaderamente artista, libre del afán meramente populachero, debe ser juzgado de muy diverso modo que los demás. Necesita de una investigación directa, por así decirlo, apartando las gárrulas basuras que sobre la personalidad auténtica haya arrojado la brutalidad del vulgo necio y corrompido. Ni nunca lo queramos comprender paralelamente con el criterio de los portavoces de éste. Hay un origen. El odio personal primero: el populacho atento está a la primera voz, si la del aplauso o de la condena; y él las hace definitivas por su propia cuenta. Automatismo, necedad, injusticia: he ahí los valores de la masa anónima—¡tan analfabeta y tan ruin!

Los soñadores eternos

Sóñar es el destino del artista; y muchas veces sueña tan intensamente que sus creaciones dejan de tener eco positivo en las cosas de la tierra. Y si todos no pueden hallar más consuelo para sus heridas del alma que el de la generosa ilusión, no es que sean tan poderosos para comprender toda la grandeza de un predestinado de las musas, cuando él ha olvidado de pensar al alcance de sus semejantes. Él se ha des-

ligado casi de la materia: no lo juzguemos por ésta, pues que sería algo como criminal. La religión del arte puede compararse a la del Cristo: la muerte de la humanidad de éste no expresa la no existencia, en ella misma, del Eterno Dios.

Sueña el artista; pero soñamos también los demás hombres: ¡la vida de este mundo es una eterna engañadora! Y los sueños tienen una patria—la luna. Cuando miramos, ellos iránse a sepultar allá, en los incommensurables y pálidos dominios de esa impenetrable y solitaria diosa,

¡oh;

la diosa de los mundos encantados!



EN PREPARACIÓN:

Pequeños Comentarios

